



(Colegiata de Roncesvalles.)

## LA CAPITANA.

UN EPISODIO DE LA VIDA DE LA MARQUESA DEL ENCIÑAR.

## III.

Ahora vamos á introducir al lector en la célebre colegiata de Roncesvalles, pueblo sin importancia en el día, pero muy famoso en la historia por la gran batalla de los *doce pares*, si es cierto lo que nos cuenta aquella antigua copla ó romance que comienza:

Mala la hubisteis franceses

En aquella colegiata, empotrada, por decirlo así, en el corazón del Pirineo y compuesta de tres cuerpos de edificios, dos de ellos de planta baja y muy semejantes, y el otro elevado y angosto, se celebraba el día 28 de setiembre de 1720 el capítulo de las canonesas de la ciudad de Pamplona, de que había hablado á su sobrino la señora de Rute y de Aldama. Dos días antes había llegado á Roncesvalles precedida de diez acémilas cargadas de dulces y de chocolate para los señores canónigos, quienes ya se dá por supuesto que recibirían á la generosa hermana con todas las muestras del más puro y vivo reconocimiento.

Mas no bien hubo descansado la viajera de las fatigas del camino en una cómoda celda del edificio de la derecha, destinado para alojamiento de las señoras canonesas, cuando una de las criadas que la acompañaban, la dijo:

—¿A que no sabe V. R. la novedad que tenemos?

—No por cierto, Marta, contestó la tía del baron. ¿Qué ha sucedido?

—Una friolera; la señora marquesa del Encinar acaba de llegar á Roncesvalles.

—¿De veras? Pues mira, me alegro infinito, porque de ese modo renovaré el conocimiento que hice con ella hace ya dos años en Pamplona. ¡Pobre marqués! Dicen que murió ahogado en alta mar, pero confío en que Dios le tendrá en su santa gloria. Era un excelente marino, no hay duda, pero supongo que ya estará á estas horas mas

consolada su viuda; cuando anda á caza de nuevo esposo por la mitad de las provincias del reino.

—¡Holá! ¿Conque esas tenemos? Pues á fé á fé que no creo encuentre en Roncesvalles novio de su gusto.

—Habrá sabido que estoy aquí, y como piensa, ó imagino yo que piensa pasar á Guipúzcoa, en donde no dejo de tener buenas relaciones....

—¡Ah! Ya caigo..... el señor baron de Iruzteta.... el sobrino de vuestra reverencia..... Ese si que es buen partido para la señora del Encinar.

—¿Lo crees así?

—Pues digo.... me parece que no será tan descontentadiza que vaya á hacer ascos al caballero mas noble y mas rico de las tres provincias hermanas.

No bien hubo pronunciado Marta estas palabras cuando llamaron á la puerta de la celda: apresuróse á abrir la criada y una voz pronunció desde la parte exterior estas palabras:

—Deseo tener el honor de presentar mis respetos á la señora canonesa de Rute y de Aldama, y al mismo tiempo desempeñar una comisión que para S. R. me ha dado la señora marquesa del Encinar.

—¿Y cómo debo anunciarlos? preguntó Marta.

—Me llamo don Gregorio Zapico, dijo la misma voz.

Anunciado así por la sirvienta, se presentó á la canonesa un hombre como de cincuenta años, de noble fisonomía y distinguidas maneras, vestido con elegancia y oliendo á humos aristocráticos desde una legua. La señora Ursula le recibió cortés y afablemente, como á un antiguo conocido, aunque solo le había visto una vez acompañando á la marquesa. Despues de los primeros cumplidos y de dedicar algunas frases insignificantes á la ceremonia que iba á celebrarse, para recibir en capítulo á una nueva canonesa, el mensajero de la hermosa y novelesca viuda del gefe de escuadra entabló la conversacion, disculpando á su señora de que no hubiese ido en persona á la colegiata, porque un suceso imprevisto acababa de obligarla á abandonar precipitadamente el pueblo.

Mucho siento ese percance, respondió la señora de Rute, porque yo tambien contaba con abrazar á vuestra parienta, cuya llegada aquí

20 DE JULIO DE 1851.



he sabido hace un instante. No ignoráis que nos vimos por primera vez ahora dos años, y puedo aseguraros que conservo de su persona y de su talento una memoria sumamente agradable.

—La señora marquesa os paga en igual moneda, repuso don Gregorio, y me ha encargado muy particularmente que os haga saber lo mucho que ha sentido no poder saludaros, á causa de ese incidente inesperado.

—Pero supongo que no habrá en él motivo alguno de pesar para la señora marquesa....

—¡Oh! Nada de eso; al contrario: se ha decidido un pleito á su favor, y como en él juegan intereses considerables, se hace muy necesaria su presencia en San Sebastian, que es donde estos radican en su mayor parte.

—¡Ah! ¿Conque ha salido para la capital de Guipúzcoa? Pues precisamente tiene que pasar por la posesión de mi sobrino el baron del Espino, que está situada entre aquella ciudad y la villa de Hernani.

—Si quereis encargarme alguna cosa para el señor baron de Iruzteta, de quien he oído hablar muchísimo, tendré el mayor placer en servirlos, porque tambien voy á ponerme en camino para reunirme á mi parienta.

—Mucho os lo agradezco, señor don Gregorio, pero nada se me ofrece para mi sobrino, pues acabo de llegar desde su castillo á esta cueva del Pirineo.

—¡Ah! ¿Conque es nada menos que un castillo el que habita?

—Es decir que le damos ese nombre en la familia, mas no por eso deja de ser una posesión muy cómoda y agradable; y si tanto vos como la señora marquesa os deteneis en ella á descansar, sereis recibidos con amabilidad y cariño, porque mi buen Gabriel se precia de cortés y de hospitalario.

Don Gregorio Zapico hizo un profundo saludo á la canonesa, le pidió sus órdenes, y saludándola con notable distinción y desembarazo, salió de la colegiata y poco despues de Roncesvalles, para reunirse á la marquesa del Encinar, que le esperaba en una de las gargantas del Pirineo. Su objeto era costear toda la frontera hasta Irun, tomar en seguida el camino real hasta Hernani, y proseguir el plan de una aventura novelesca, de las muchas que puso en juego durante su inquieta y azarosa vida la heroína de estos apuntes.

Consagremos ahora unas cuantas líneas á la esplicacion del proyecto que meditaba; proyecto que en el fondo nada tenia que ver con la combinacion matrimonial, á que daba tanta importancia la señora canonesa de Rute y de Aldama, aunque aparentemente era el objeto principal de los deseos de la marquesa del Encinar.

Algunas palabras pronunciadas por esta, cuando vió llegar á su emisario don Zapico, y el diálogo que se entabló entre los dos, nos pondrán al corriente de todo.

—¿Ha soltado la sin hueso nuestra canonesa? preguntó la primera.

—Es una pava muy dura de pelar; pero nos ofrece hospitalidad en casa del baron del Espino, respondió el segundo.

—Ya contaba yo con eso: lo principal de todo es que la vieja no esté con él, porque tiene el olfato muy largo.

—El negocio me parece un poco arriesgado..... yo temo....

—¿Qué diablos dices ahí, Jorge?

—Nada, nada, contestó el que hasta este instante hemos conocido con el nombre de don Gregorio Zapico; estoy reflexionando.

—¿Sobre qué?.....

—Sobre el plan, que me parece algo..... espuesto: al fin no somos mas que cinco.

—¿Y Marcial?

—¡Siempre Marcial!.... Excelente sugeto....

—¿Cómo! ¿Tambien tienes celos de él?

—Y creo que tengo motivos....

—Algun capricho nuevo, que alimenta tu mollera.

—No es capricho, Gertrudis, es realidad.

—¡Bah! Dejemos esas niñerías y vamos á lo que importa. Marcial es un buen sabueso, y á él debemos la concepcion de este proyecto. ¿Olvidas que él escuchó, escondido en el matorral del castillo de Iruzteta, toda la conversacion de la canonesa con su sobrino?

—Ya, pero el baron no estará sin criados, y si llega á sospechar....

—Jorge, por Dios que no te conozco.

—¿Y las partidas de miqueletes de la diputacion, formadas en aumento de la justicia contra malhechores?

—Basta, basta, por Lucifer, exclamó Gertrudis. ¿Es eso todo lo que has reflexionado? Pues yo tambien lo he hecho y he sacado en limpio que tienes miedo.

—¡Miedo yo!.... ¡Yo miedo!.... ¡Uf!

—Sí, te lo repito, tienes miedo, muchísimo miedo.

—Si no fueras tú la mas descarada bribona del reino, creo que te despedazaria con mis uñas.

—Está bien, pero ya sabes que en cualquiera disputa te ganaré

siempre, porque tengo tres lenguas; la de mi boca y estas otras dos para sostener lo que ella dice.

Al pronunciar estas palabras enseñó á su compañero un par de pistolas que llevaba en el cinto, escondidas debajo de un faldellín.

Jorge se sonrió desdeñosamente y ella prosiguió así:

—He pensado una cosa.

—Oigamos esa cosa, mala cabeza, repuso el bandido.

—¿Qué dices de Ricardo?

—¡Ricardo! ¡Un aventurero que nos cayó de las nubes hace quince dias!

—¡Aventurero! ¿Y qué eres tú? ¿Algun príncipe por ventura? Ya sabemos que no puede aspirar al dictado de santo, y aunque no le he espuesto todavía á grandes pruebas, se me figura que es tan valiente como buen mozo.

Jorge hizo un moviento de impaciencia.

—Sí, maldito celoso, añadió Gertrudis; estoy segura de que Ricardo hará cuanto le diga y no me romperá la cabeza con observaciones ridiculas. Por consiguiente puedes ir á ocupar su puesto de vigia en el monte de Vera, donde el pobrecillo se consume de impziencia, y él vendrá á ocupar el tuyo de hombre de accion.

—¡Conque Ricardo aquí y yo allá!.... murmuró Jorge con acento conmovido. ¡Tratarme tan mal! ¡A mí qué te amo tanto! ¡Ah Gertrudis!....

—¿Qué quieres que te diga, amigo mio? Una mujer como yo, solo debe amar á un valiente. Vete pues y no hablemos mas del asunto.

—Me quedo, replicó Jorge cruzando los brazos.

—Mira bien lo que haces.

—Te obedeceré aunque pierda la vida, con tal que Ricardo permanezca donde está.

—Corriente, vengan esos cinco, picaronazo, y no me atufes mas con tus celos. Ahora, manos á la obra.

—¿Y el papel que debo representar?

—Como has sido cómico de la legua, no te será difícil: tienes cuarenta y cinco años, y con alguna maña puedes hacerte pasar por hombre de sesenta, á lo cual ayudará mucho tu respetable fisonomia.

—Pero, Gertrudis, si llego á servirte bien en esa expedicion....

—Ea, ya hablaremos, despues de llevarla á cabo, de esas fruslerías: veremos cómo te portas; pero no olvides que si puedo recompensarte, tambien puedo castigar tu traicion ó indiferencia. Lo que importa es apresurar el viaje; conque así, saca la bota, echemos un buen trago, y adelante.

No bien habian caminado algunos pasos en sus esclentes mulas, cuando llegó á sus oidos un grito de alarma y al mismo tiempo apareció un mendigo entre las rocas inmediatas.

Gertrudis y Jorge montaron al punto sus pistolas, pero no tardó la primera en dar rienda suelta á una estrepitosa carcajada.

—¿Qué atavios son esos, mi pobre Marcial? dijo en seguida dirigiéndose al pordiosero.

—Vengo de Guipúzcoa, contestó este.

—¿Y qué noticias?

—El baron del Espino prosigue solitario en su nido de golondrinas.

—¿Cuántos criados?

—Dos mozas, un mozo de labor, el jardinero y tres lacayos muy altos y muy zopencos, con libreas galoneadas; estos últimos llegaron á Iruzteta hace tres dias.

—¿Has visto por allí alguna gente de la diputacion?

—Ni sombra de cananas.

—¿Habrá llegado ya al castillo la vajilla de plata encargada á París?

—Ayer por la tarde la habrá recibido el baron, porque cuando yo salí de la cocina del castillo, en la cual me acogieron por caridad, ya tenia aviso de que la plata labrada estaba en Irun.

—Eres un guapísimo muchacho, y si Jorge no estuviese aquí le daria un beso. Pues señor, ya no hay duda; la liebre está en su camada, el baron del Espino se dispone á recibir la visita de la señora marquesa del Encinar.... ¡Oh!.... La recibirá, la recibirá; se lo prometo, y.... muy pronto.

#### IV.

El baron soñaba ya mil delicias conyugales; arrebatár á innumerables pretendientes la mano de la muger mas codiciada y mas rica de las cuatro provincias allende el Ebro, triplicar con tan magnifica alianza un caudal considerable, eran dos triunfos de interés y de amor propio, que excitaban su ambicion y sus deseos.

El señor de Iruzteta y de Rute tenia el casco duro, la concepcion tardia y el entendimiento á prueba de bomba; á pesar de estas desventajas naturales hacia sus preparativos para recibir dignamente la visita que esperaba. Las criadas barrian y lustraban con sangre de toro los pisos de ladrillo; los lacayos, uno de los cuales acababa de ser promovido al empleo de ayuda de cámara, hacian esfuerzos sobrehumanos para restaurar una carroza que casi habia criado raices en el



patio, peinaban las crines de dos alazanes y sacudían el polvo y las telarañas al escudo señorial, colocado sobre la puerta grande del castillo; el jardinero, por su parte, arrancaba la mala yerba, iba arreglando poco á poco las carreras y guarda-rayas y se disponía á componer olorosos ramilletes de jazmines y claveles, de azucenas y de rosas.

En cuanto al señor baron, iba y venía de una parte á otra, examinaba todos los aprestos y se metía en su biblioteca. No se entienda esta palabra al pié de la letra, porque la biblioteca de la baronía del Espino solo constaba de unas cuantas obras incompletas, colocadas sobre dos tablas paralelas de pino en un gabinete contiguo al comedor. El estudio de la heráldica absorbía todos los instantes que su dueño no dedicaba á la caza, pero sucedió que un día tuvo que interrumpir su tarea, porque el ayuda de cámara, seguido de un criado con librea sencilla, se presentó á su vista.

Semejante aparición era un acontecimiento en Iruzteta; el baron, contrariado en sus costumbres, arrugó el entrecejo y preguntó al criado:

—¿A quién sirves y qué me quieres?

—Pertenezco á una señora muy distinguida, como pronto conocerá el señor baron por esta señal, contestó el lacayo con mucho desparpajo poniendo en sus manos un billete.

—En otro tiempo, murmuró el señor de Iruzteta, las personas bien nacidas no sabían escribir, pero ya que en nuestro siglo se ha hecho esta moda indispensable, descifremos la misiva, que al fin se conoce que viene de buena parte.

Después de este lógico razonamiento, abrió el billete y leyó lo que sigue:

*¿Puede el señor baron del Espino conceder algunas horas de hospitalidad en su castillo á la marquesa del Encinar?*

—¡Si puedo! exclamó al punto loco de contento: ese es para mí un honor inesperado. ¿Dónde se encuentra ahora esa señora, buen perillan?

—Al extremo de la avenida que conduce á este castillo; allí aguarda la contestación del señor baron.

—¿Cómo que aguarda! ¡Aguardar la señora Marquesa del Encinar! ¡Pues no faltaba mas! Yo mismo la llevaré la respuesta; puedes decirselo así, pues voy al momento.

El señor baron se apresuró á ponerse decente, dió algunas órdenes sin detenerse en pormenores, y se dirigió hácia el sitio que el lacayo de la marquesa le había indicado.

—Al fin, se decía, voy á contemplar á mi sabor á esa viuda rica y noble; al fin viene á mi castillo, lo cual equivale á dar los primeros pasos para... Vamos, vamos; esto es muy signficativo y creo que haremos algo. Sí, pero es necesario que yo no pierda de vista las instrucciones de mi tía la canonesa, y que trate de complacer á la hermosa Gertrudis en sus extravagancias y caprichos.

Al acercarse á los primeros árboles de la avenida, tuvo tiempo el baron de examinar el tren con que viajaba la marquesa. El coche era sencillo y no llevaba escudo de armas; en la delantera iba sentado un lacayo al lado del cochero, y otro en la trasera haciendo de page; este, que era el mismo portador del billete al baron, se acercó á la portezuela del coche, la abrió, bajó el estribo y pronunció dos ó tres palabras. En el interior del carruaje se divisaban dos personas.

El señor baron del Espino se puso aceleradamente los guantes, al mismo tiempo que se adelantaba medio encorvado, figurándose que por grande que fuese el horror de la marquesa á la galantería, permitiría al menos que le ofreciesen la mano.

La bella Gertrudis no le dió tiempo para ello, pues saltó ligera del coche hasta el césped que bordaba el camino, sin tocar el estribo.

Era muger de alta estatura y la manteleta forrada que la cubría señalaba en su airoso cuerpo hermosísimas formas; iba peinada con polvos rubios y llevaba un sombrero de castor de ala doblada, con pluma cenicienta que le caía airoosamente hasta el cuello.

Tanto la parte del traje que hemos descrito, como todo lo demás era negro, sencillo y no tenía adornos. La fisonomía de la marquesa justificaba completamente cuanto había dicho la señora Ursula de Rute y de Aldama, pues daba á entender que tendría como unos veinte y cinco años, era animada y decidida, revelando un *no se qué*, que segun los principios de Lavater, anuncia prontitud en las resoluciones, natural imperioso, y perseverancia hasta rayar en temeridad para la ejecución de cualquier proyecto.

—Buenos días, baron, dijo la dama con un acento mas bien viril que femenino. ¡Cuánto me alegro de veros! Dispensadme que venga á caer en vuestro castillo como una bomba.

Sorprendido el baron con tanta familiaridad, no hizo mas que inclinarse profundamente.

—Permitidme, señora marquesa... murmuró al fin.

—Vaya, vaya, le interrumpió la viuda; afuera cumplimientos entre nosotros, afuera saludos ceremoniosos y llamadme sencillamente marquesa. Cuando me conozcais mejor, vereis que me agrada mucho

la franqueza. A propósito, prosiguió señalando á otro personaje que se apeaba del coche, os presento á mi amigo y pariente el señor don Gregorio Zapico, caballero condecorado, que ha vivido casi siempre en la corte: ahora me acompaña á todas partes y cuida de mis caudales, que, entre paréntesis, son demasiado considerables para que yo me entretenga en su arreglo y distribución.

El caballero aludido, que cambió un saludo con el baron, representaba unos cincuenta y cinco ó sesenta años. Vestía una ancha levita oscura abotonada hasta el cuello y llevaba peluca rizada con polvos y un sombrero de galon á la moda. Sus facciones aparecían semi-ocultas por los anteojos de enormes cristales de aumento que le cubrían parte del rostro, y aunque el color de este era pálido, conociase que á la menor contradicción se convertiría en púrpuro.

—Así Dios me perdone, murmuró el baron entre dientes, como creo que este viejo se compone y se llena de afeites, á guisa de doncella por merecer.

—Os habeis incomodado por mí, querido baron, repuso la marquesa.

—¡Oh! Nada de eso, contestó el señor de Iruzteta; conozco mis deberes para con las damas...

—¿Ya volveis á las andadas?

—Seguro estoy de que no lo creéis; al menos puedo aseguráros que soy muy poco galante.

—Pues eso es lo que me gusta; y ahora vámonos á vuestro castillo á pie: ea, dadme el brazo.

Echaron á andar alegremente, y el baron pensaba que la marquesa, deseando ver el lujo de la casa, se enredaba en sus propios lazos, por lo cual estaba decidido á mostrarse espléndido.

Al paso que hacia estas reflexiones, examinaba el séquito de la viuda: los cuatro lacayos vestían librea, pero todas eran de diferente color.

—Ya veis que mi carruaje es sencillo, le dijo la viuda, pero es porque no me acomoda llamar la atención pública. ¿Y qué decís de ese par de jacos? Por Dios que no me cuestan mucho. Si por otra parte os admira el traje de mis criados, achacadlo á vuestro alejamiento de la capital, que no os permite estar al corriente de las modas. Mi pariente don Gregorio os dirá que en Madrid no son de tono las libreas iguales en una misma casa: lo mas distinguido es llevar siete lacayos con los siete colores del arco Iris.

Entre esta y otras pláticas llegaron al castillo, y el baron se adelantó para ver si se habían cumplido sus órdenes. Al punto dijo Gertrudis á su compañero:

—Jorge, mucho aplomo, y yo te respondo de lo demás.

—Representaré mi papel como corresponde, contestó el fingido don Gregorio Zapico.

Y tomó un aspecto entre sério y amable.

Volvió de allí á un momento el baron é introdujo á sus huéspedes en el salon de recibo, pintado de nuevo y henchido de anacronismos en su repartición y en sus adornos: pero habían desaparecido las telarañas, que era lo principal y varios jarrones con flores decoraban la chimenea.

El baron no las tenía todas consigo y fluctuaba entre el deseo de probar que era hombre de gusto, ejerciendo dignamente la hospitalidad vascongada, y el temor de aparecer demasiado complaciente con una hermosura cruel que había suprimido la galantería: por consiguiente hacia inauditos esfuerzos para conciliar estas dos exigencias.

Ofreció refrescos que fueron aceptados, y no se admiró poco al ver que la noble viuda del jefe de escuadra se echaba á pechos una razonable copa de vino dulce de Estella.

—Sin duda, se dijo, es de moda también esa nueva propiedad que descubre la marquesa. Tenía razon mi tía, es muger rara y caprichosa si las hay.

En seguida invitó á la bella Gertrudis á descansar en el magnífico gabinete que había hecho embellecer *ad hoc*: una criada convertida de golpe en doncella de honor, condujo á la señora marquesa y le ofreció sus servicios, pero esta última la despidió diciendo que se serviría sola.

Poco después se reunió al baron y á don Gregorio, y preguntó á este último si había dado á los criados las órdenes necesarias para partir.

—¡Cómo partir! exclamó el baron.

—Sin duda, replicó la marquesa: en cuanto comamos me pondré en camino, porque debo estar á las cuatro en San Sebastian y allí me embarcaré mañana temprano para Bilbao, donde me espera mi tío el conde de Monteflorido. Lo único que puedo aseguráros es que ya nos volveremos á ver.

—Se necesita esa promesa para que yo os deje marchar.

—Por lo demás, querido baron, vuestra propiedad es encantadora, pero le falta el arreglo que solo puede darle la mano de una muger.





(La capitana Marion Du Favet y Jorge.)

A estas palabras que revelaban un avance directo, se estremeció de placer nuestro baron. Jorge lanzó un suspiro.

—Vamos, vamos á comer, dijo el primero; encontraréis una mesa modesta; lo de costumbre nada mas, porque como no esperaba vuestra visita...

—Ya os he dicho que me gustan las cosas lisas y llanas.

Al entrar en el comedor la marquesa pareció admirarse del magnífico servicio de plata que brillaba en una mesa de tres cubiertos en tanto que el baron se daba el parabien de aquella sorpresa y del efecto que producía tambien su vajilla en el semblante de D. Gregorio.

Los convidados hicieron bien los honores á las viandas de Iruxeta, y al levantarse de la mesa dijo el señor Zapico á media voz á la marquesa:

—Si no llegamos pronto á San Sebastian, me encontraré sin fondos, porque lo que me quedaba en la bolsa se ha ido en las muchas limosnas que habeis hecho desde Pamplona hasta Hernani.

—¿Y me hablais de eso ahora? contestó enfadada la marquesa. ¿No veis que puede oírlo el baron?

—Y lo he oído, dijo este: perdonad que me mezcle en vuestros asuntos y aceptad mi bolsa como vuestra.

—¿Otra galantería?

—No, un servicio de amigo; mañana me hareis otro.

—Siendo así, acepto.

El baron salió del comedor y volvió á poco rato con un rollo que contenía veinte y cinco onzas de oro.

—Si no basta, dijo, doblaremos la suma.

—Es demasiado, contestó la marquesa; solo necesito diez, y así guardad el resto, y nunca hagais de ese modo alarde de vuestro dinero,

porque se asegura que anda por estas tierras una partida de bribones, dirigidos por una muger que llaman...

—La capitana, si; la mayor ladrona que se conoce en España, pero yo no la temo.

—Supongo que estais provisto de buenas armas...

—Y aquí sabemos manejarlas: que venga, que venga; yo prometo recibirla como merece.

—No griteis tanto, baron, porque si ella os oyese, seria capaz de presentarse á pedirlos de comer.

—Quisiera que sucediese; pero tampoco es este un pais abandonado, porque todas las semanas viene á visitar mi bodega el comandante de los miqueletes de la diputacion.

A estas palabras frunció el entrecejo la marquesa y dijo:

—¡Y recibis á esa clase de gentes!

—¿Qué quereis? Es un valiente, que persigue á la canalla. Hace ya dias que no le he visto y no seria extraño que nos sorprendiese hoy.

Mientras así hablaban saboreando el café, dirigia Gertrudis sus miradas á un cofre abierto y atestado con la vajilla de plata. El baron lo notó y dijo con acento de mal humor á un criado:

—¿Por qué haceis ostentacion de esas fruslerias como si estuviésemos en un mercado? Cerrad ese cofre.

—No, no, observó la marquesa; yo soy curiosa y las cosas preciosas nunca son fruslerias.

A una seña del baron, abrió mas el cofre el lacayo.

—Eso es magnífico, añadió Gertrudis; y cuidado que yo lo entiendo. ¡He visto tanto!

—Es el complemento del servicio que hemos tenido en la mesa, respondió el baron, y lo que es Germain, el platero del rey de Fran-



cia, se ha portado: me considero feliz, marquesa, al poder ofrecerles esa vajilla que habeis estrenado.

—¿Sabeis, querido baron, que traspasais los limites de la cortesania?

—¿Y cómo os he de repetir que no soy hombre galante ni trato de hacerlos la corte?

—Habiais como un doctor; pero decidme ¿y vuestras armas?

—Oro en campo de gules y una cabeza coronada.

—¿Y por qué no las veo en la vajilla?

—Ni en la puerta del castillo, añadió don Gregorio.

—Reservo el sitio, contestó el baron, porque al fin no soy cartujo, ni he hecho voto de castidad: si algun día me caso...

—Dichosa la que... murmuró la marquesa, y de pronto se puso pensativa.

—Mucho vale toda esa plata, dijo al fin saliendo de su distraccion.

—En efecto, repuso el señor de Iruzteta, y se colósea perfectamente en aquella caja de caoba que veis allí.

—Imposible; no cabe en ella.

—¿Queréis verlo?

—Confieso que si, porque me parece una cosa rara.

Un criado guardó la vajilla en la caja colocando pieza por pieza en el sitio que cada una tenia destinado: el baron cerró la caja y dijo á la marquesa:

—¿Lo habeis visto?

—Si, respondió esta, pero no me probareis que pesa lo que habeis asegurado.

—Ni una onza menos; os enseñaré la factura.

—¡Bah! detesto los papeles. Os han robado, baron, pues el mas débil de mis lacayos puede cargar con esa caja, como si fuese una pluma.

—Os apuesto á que no.

—Acepto la apuesta. Miguel ¿te asusta ese peso?

El lacayo á quien iban dirigidas estas palabras, se encogió de hombros.

—Nos entretenemos mucho y se pasa la tarde, señora marquesa, observó don Gregorio: el coche está ya dispuesto y...

—No os impacientéis, amigo mio, y marchemos, le contestó Gertrudis: supongo que nos acompañais, baron.

Este se inclinó.

—Pero, prosiguió la viuda, insisto en apostar las diez onzas que me habeis prestado, á que Miguel lleva en hombros esa caja hasta el fin de la avenida.

—Convenido, dijo el baron.

—Ea pues, Miguel, manos á la obra y no me hágas perder.

El lacayo, que era un atleta formidable, echó mano á la caja sonriéndose y se la cargó al hombro.

Todos se dirigieron entonces hácia el camino, el caballero D. Gregorio espresando la mayor impaciencia por partir cuanto antes, el baron admirándose de la agilidad con que marchaba Miguel, y embromándole la baronesa por la inconsiderada apuesta que habia hecho.

Detuviéronse delante de la portezuela del coche.

—He perdido, exclamó el baron; tomad diez onzas.

Y las alargó á don Gregorio, que dudaba recibirlas.

—¡Guardadlas, dijo la viuda, pues no es cosa de disgustar á un huésped tan amable; pero voy á hacer mas; voy á probarle que Miguel es tan diestro como forzudo. Ea, muchacho, colócame esa caja en la delantera del carruaje... Así: ya veis, baron, como se os roba: ahora, don Gregorio, subid.

El caballero obedeció y la marquesa no tardó en seguirle.

—El peso de la vajilla, dijo al señor de Iruzteta, no fatigará á mis caballos y puedo caminar así cien leguas, pues no deja de ser cómodo llevar uno consigo sus riquezas.

El baron, con el sombrero en la mano, se sonreía, aunque de mala gana, porque le parecía que aquella broma se prolongaba mucho. Mientras tanto, los dos lacayos que le habian acompañado, temblaban de miedo, porque acababan de descubrir que los criados de la marquesa iban armados de pistolas.

Gertrudis cerró la portezuela, y dijo al baron:

—Os doy las gracias por vuestra amable acogida, pero necesito daros la revancha: esto quiere decir que me debeis una visita y que para estar segura de que me la hareis, me llevo vuestra vajilla, la cual solo os devolveré cuando vayais á reclamármela en persona. Yo vivo siempre errante en mis dominios, que se estienden por todo el Pirineo y soy muy conocida; pero á fin de que tengais noticia cierta de mi paradero, preguntad cuando querais buscarme, no por la señora marquesa del Encinar, pues se reirán de vos, así como se rien de vuestra tia la canonesa, sino por la capitana. Con que lo dicho, dicho, baron y hasta la vista.

El coche, como si esperase estas últimas palabras, partió semejante al rayo y no tardó en desaparecer entre una nube de polvo.

El baron permaneció clavado en el camino y tan confuso como el cuervo de la fábula.

Al dia siguiente recibió una carta en que la señora marquesa del Encinar, (a) la capitana le participaba, á título de parienta lejána, su proyectado enlace con don Gregorio Zapico (a) Jorge, ex-cómico de la legua.

J. M. DE A.

## ANA DE AUSTRIA,

REINA DE FRANCIA, MUGER DE LUIS XIII.

La fisonomía histórica de esta princesa varia mucho, segun son los pintores que han retratado su imagen. Tres hombres influyeron poderosamente en su destino, Luis XIII, Richelieu, y Mazarini. Los diversos sentimientos que les inspiraron, fueron igualmente funestos á su felicidad y á su gloria. El rey su esposo no la amó bastante, y los dos ministros la amaron demasiado, si hemos de creer la opinion general. El primero, en pago de su pasión que rayaba en locura, solo recibió desprecios y burlas, de que se vengó usando de medios atroces: el precio de la inclinacion del segundo fué una ciega confianza en él, de la que abusó cometiendo faltas.

Graves acusaciones han caído sobre la cabeza de la hija de Felipe III: quizá deban referirse todas á las causas que acabamos de indicar. Solo la violenta venganza de Richelieu pudo confundir á la reina entre los cómplices de Chalais. A la imputacion que se le hacia de haber querido destronar á Luis XIII y unirse en seguida á su hermano Gaston de Orleans, respondió Ana con estas palabras victoriosas: «Habiérais ganado poco en el cambio.»

Respecto á las sospechas de galantería, demasiado justificadas estaban por la admirable frialdad del rey, la belleza de la reina, y el número de sus adoradores. Por espacio de veinte y tres años esperó en vano la Francia el nacimiento de un príncipe, siendo preciso que interviniera, bien la casualidad, bien el consejo de una querida, para que volviese el monarca al lecho conyugal. Las crónicas de aquel tiempo están llenas de conjeturas acerca del nacimiento de este príncipe, precedido, aseguran, del de otro niño de sangre menos noble, en quien se creía reconocer á el *Hombre de la máscara de hierro*.

Si los favores de la reina hicieron algunos dichosos, hicieron sus desdenes mayor número de descontentos, y entre estos se puede colocar al famoso cardenal de Retz, cuyo amor propio ofendido aparece á cada página de sus memorias. «La reina, dice, tenia, cual ninguna otra persona, cierto ingenio, lo bastante para no parecer tonta á los que no la conocían. Tenia mas aspereza que orgullo, mas orgullo que grandeza, mas apariencia que fondo, mas apego al dinero que liberalidad, mas liberalidad que interés, mas interés que desinterés, mas afecto que pasión, mas dureza que arrogancia, mas memoria de las injurias que de los favores, mas intencion de piedad que piedad, mas obstinacion que firmeza, y mas incapacidad que todo lo que va dicho.» A este retrato, célebre por el mal gusto y profusion de sus antitesias, está en oposicion el juicio ventajoso que traen unas memorias publicadas no hace mucho tiempo en París, acerca del talento y elevacion de alma, de que estaba dotada la madre de Luis XIV. Citase un dicho muy notable de esta princesa; tratando Mazarini de penetrar sus intenciones respecto al amor del joven Luis por la señorita de Mancini, sobrina suya, le manifestaba sus temores de que quisiese á todo trance casarse con ella: y Ana de Austria le respondió vivamente: «Si fuera el rey capaz de consentir semejante baja, me pondría yo con mi hijo segundo á la cabeza de toda la nacion contra el rey y contra vos.»

Ana de Austria, que fundó iglesias y hospitales, era aficionada en extremo á los espectáculos y diversiones, tanto, que concurría á ellos llevando aun luto por el rey su esposo, y se ocultaba detrás de una de sus damas.

Tenia un gusto muy delicado en la ropa que usaba, y en la compostura de sus adornos: así es que le decia Mazarini: «Señora, si fuérais condenada, vuestro infierno sería tener que acostaros entre sábanas de Holanda.» Gustaba de las flores, y no podía sufrir la vista de las rosas, ni aun en pintura. Murió de un cáncer, á la edad de 64 años, el 20 de enero de 1666.

## TESTAMENTO

DE CARLOS II, REY DE ESPAÑA.

Este testamento fué una manzana de discordia, que pudo acarrear la ruina de ambas monarquías española y francesa. Bien conocidos son los motivos que determinaron á Carlos II á legar su corona á la casa



de Francia, en perjuicio de la de Austria; así, solo nos limitaremos á contar una anécdota que refiere el conde de San Simon.—El duque de Abrantes, al salir de la sala en que había asistido á la apertura del famoso testamento, viéndose rodeado y apremiado de todos los personajes que allí estaban, quiso divertirse un rato al anunciar la elección de sucesor. Llegase á él Blecourt, embajador de Luis XIV, el duque le mira fijamente, y vuelve despues la cabeza. Esta accion sorprendió

á Blecourt y pareció ser de mal agüero para la Francia. De repente el duque, haciendo como que no había visto al conde de Hazcourt, embajador del imperio, se acercó á él, y dándole un abrazo le dijo: *con qué satisfaccion....* y despues de una pausa, seguida de un nuevo abrazo, prosiguió: *con mucha alegría y mayor contento me separo de vos, y doy mi despedida á la casa de Austria.* No podía publicarse de un modo mas bufon el advenimiento de Felipe V al trono de España.



(Vista exterior de S. Juan de los Reyes desde el puente de S. Martin.—Toledo.)

## LAS SEIS LATITUDES DEL AMOR EN MADRID.

(OBRA INÉDITA.)

XLVII.—Al Oeste la habitación de la Mariquita de buen humor, y al Norte la del baratillero de libros.—Temperatura fría.

..... estos representantes  
antes que Dios zmaneece  
escribiendo y estudiando  
desde las cinco á las nueve,  
y de las nueve á las doce  
se están ensayando siempre.

A. de Rojas.—(VIJ. ENTRET.)

Son las once de la noche: Theudia acaba de contar por vigésima vez el número extraordinario de las escaleras de la casa de huéspedes donde vive, y se encuentra de buenas á primeras con lord Bolimbroke y doña Jimena Ordoñez. Estos artistas anónimos se conocen por los nombres de los personajes que representan con mayor aceptación en las comedias caseras; son su segundo apellido. Theudia es un meritorio almidonado, á quien llaman Jacinto de oficina adentro, y D. Jacinto de oficina afuera. Lord Bolimbroke es el travieso D. Gomersindo, diligente escribiente en una escribanía del juzgado, y doña Jimena Ordoñez es una muchacha zurcidora de calcetas y voluntades, actriz y planchadora, á quien su padre llama simplemente Bibiana, y su madre Bibianilla. En esta casa todos son actores... has-

ta el perrito de lanas de una señora del Monte-Pío, que sabe ponerse en pie y hacerse el muerto con la mayor habilidad.

Un fuerte campanillazo anuncia á los aficionados, que vienen de repaso de papeles de *El amor de madre*. La señora del Monte-Pío se estremece y se equivoca en el bordado de unos tirantes en cañamazo, que piensa regalar á uno de los porteros del ministerio de Hacienda; y al poco rato una voz ronca y gutural que se avecina en el comedor, pronuncia con acento aterrador estos versos del inmortal Calderon de la Barca, mezclados con algunas de las mortales palabras de las casas de huéspedes:

D. Jacinto.—Apurar cielos pretendo  
ya que me tratais así,  
¿qué delito cometí  
contra vosotros naciendo?  
Aunque si nací, ya entiendo  
qué delito he cometido...  
bastante causa he tenido...

(Aparte.)—Muchacha, el guisado y la escarola.  
vuestra justicia y rigor,  
porque el delito mayor...

(Aparte.)—Este velon se apaga.  
del hombre es haber nacido.  
Solo quisiera saber  
para apurar mis desvelos...



(*Aparte.*)—Buenas noches, doña Prudencia.

—Muy buenas, don Jacinto, responde la patrona de huéspedes desde la cocina, agitando su aventador delante de la hornilla.

Solo quisiera saber

Doña Prudencia.—Siempre curioseando.  
para apurar mis desvelos...

Doña Prudencia.—¡Ah, ah!!—Ya tenemos la funcion de la mayor parte de las noches.

En verdad, *Theudia* (vulgo D. Jacinto) incomoda y molesta con sus ensayos cómico-dramáticos á la mayor parte de los huéspedes. Doña Prudencia rabia; el estudiante del colegio de S. Carlos que duerme al lado, jura recio; la viuda que habita la sala principal tira de la campanilla y pide las píldoras que toma para sus ataques de nervios; un ex-maestro de latinidad (hoy compañero de treinta y una con el baratillero de libros de la esquina) que se levanta con las gafas sobre la frente para leer los periódicos, maldice á gritos; otro meritorio en la aduana impone silencio; un cadete de caballería, al tomar de la silla un vaso de agua, tira el velon, y un aprendiz de encuadernador que se acuesta á la rústica en el chiribitil contiguo á la cocina, sueña alto y dice:—¡ladrones, ladrones!—Esta casa de huéspedes es una Babilonia: la España de todos los tiempos. *Theudia* es una especie de pronunciamiento: cuando llega él nadie se entiende.

La mayor parte de los hombres tienen sus horas fijas para el sueño: el aficionado-actor, á guisa de los caballeros andantes, se levanta algunas veces con el alba y se acuesta otras tantas con el sol. Si despierta á la vecindad un cuasi-fantasma en calzoncillos, que esclama, dirigiéndose á un pavo real disecado, y con la escoba en la mano en ademán de acometer:

Al campo, don Nuño, voy,  
donde probaros espero  
que si vos sois caballero  
caballero tambien soy;

esta especie de espectro es *Theudia* ensayando un final de efecto.

El aficionado á representar comedias caseras es sentencioso y amanerado: todo es histórico en su persona... ¡hasta su camisolín vergonzante! Sus gestos y ademanes están clasificados de una manera artística, de suerte que en público se sienta á lo *Rey que reprende*, tóse á lo *Luis XI*, cojea á lo *Cardenal Montalto*, es preocupado á lo *Carlos II el Hechizado*, manda á lo *D. Pedro el Cruel*, se incomoda á lo *Capitan de arcabuceros*, enamora á lo *Francisco I*, lee á lo *Consueña*, escribe de pie á lo *galán sorprendido*, y finge á lo *revendedor de billetes*.

Su primera obligacion en la coronada villa es asistir á los estrenos de los teatros principales. No importa que ocupe una localidad buena ó mala; si no alcanza luneta se va al anfiteatro, y si no alcanza billete para el anfiteatro, observa la comedia á vista de pájaro desde las galerías. Lo que apetece y desea es poder hablar al día siguiente en las visitas que hace del desempeño de la funcion. En el teatro está fijo, inmóvil, sin pestañear; hace callar á los que tiene á su lado; su cabeza se distingue sobre la baranda de las galerías; arma camorra con los que se rien de un aparte inverosímil ó de una escena de escaso interés, y protesta en alta voz contra la poca compostura de las personas, que segun sus palabras, confunden el teatro con una plaza de toros. ¡Ya se vé!!... ¡no entienden el argumento, no comprenden las situaciones, no aprecian los apartes, no adivinan los incidentes... y sobre todo, no son aficionados como *Theudia*!!

Acontece algunas veces que se escucha desde las lunetas un aplauso aislado ó un murmullo desagradable, y la causa de estas impertinencias es el aficionado-actor que acaba de aplaudir un *ya lo veremos* del cuarto galán de la compañía, medio solfeado en *do grave*, ó que es interrumpido en sus exclamaciones de *bravo*, *bien*, *perfectamente*, por los que tiene á su lado. Si no puede aplaudir ó no se acuerda de ello, dice á media voz, pero no sin dejar por eso de mirar de reojo á sus compañeros de galería para ver el efecto que producen sus palabras:—*Así lo haria yo en esta situacion, bien, perfectamente.*

Al día siguiente saluda á doña Prudencia arqueando las cejas y pasando las manos por la barba, y se acerca á doña Jimena Ordoñez (a) Bibianita, con los ojos fijos en las chinelas.—Estuvo anoche en el teatro: desea que le importunen con preguntas. Entonces finge mal humor, está desazonado, tiene jaqueca, renuncia al puñado de pasas de Málaga que le regala su adorado tormento, y dibuja en el brasero con la badila líneas oblicuas y paralelas.

—Bien se conoce—le dice doña Prudencia—que ha estado V. anoche en el teatro.

—Por cierto que sí—le interrumpe Bibianita.

—Sí señora... por mas votos que uno hace...

—¡Ya se vé!!... la picara aficion... por lo demas, delicado como usted estaba no debia salir por la noche.

—¿Cómo remediarlo!

—No yendo—esclama Bibianita con un sí es ó no es de sal cómica que D. Jacinto acoge con sonrisa protectora.

—Era estreno... los periódicos le habian recomendado, y... des-pues... como uno primero tiene que estudiar!..

—¿Qué tal, qué tal le ha parecido á V.? ¡Ingénualemente!.. porque ustedes siempre se hacen favor los unos á los otros por aquello de...

—Doña Prudencia, algunas veces quien mas sabe menos acierta. La comedia tal cual: el desempeño regular. Sin embargo, *el verso* no era malo; un *parlamento* de la segunda dama parecia escrito espresamente para Bibiana: ¡qué quintillas! ¡concluian por un desmayo! supóngase V. ¡qué efecto despues de una reprension del padre que la habia sorprendido!..

—Con su amante, lo de todas las comedias.

—Eso es, con su amante. ¡Figúrese V.!

—¡Ay!... me he picado con esta maldita aguja—dice Bibiana dirigiendo una mirada á lo *Leonor* á don Jacinto.

—Bibianita, esos nervios... Y decia V. que la representacion fué... pues... así, así...

—*Flogilla*, bastante *flogilla*. Yo en el caso de Romea amenazaría á la hija de otra manera. Un padre debe enarcar las cejas siempre que reprende.

—¿Y si es tan viejo—dice Bibianita—qué no las tiene?

—Entonces qué no reprenda. Eso va en *escuelas*; pero yo siempre que represento á un padre con *parlamento fuerte*, mi voz será como la del borchatero del lado... si señor... eso gusta en el teatro... sobre todo, es la verdad... ¿qué padre ha conocido V. con voz de tiple? miraré á todos lados como oso enjaulado, y mis puños permanecerán cerrados por mucho tiempo.

—¡Ay! como hizo V. en la última funcion... ¡qué desfigurado!

—Con decir—prosigue Bibianita—que me costó mucho trabajo reconocerle. ¡Qué barbas!

—¡Qué melena! ¡La peluca del *Trobador*! ¿No es verdad?

—¿Y la gola?

—¿Y el sombrero *chambergó*?

—¿Y aquella escena... no te acuerdas?

—Sí, mamá.

—La de...

—Pues...

—¿Qué memoria!

—¿Cuál, doña Prudencia?

—Ya me acuerdo... cuando apagó V. la luz y se descolgó del balcon... Si V. se descuida un poco queda colgado de la ventana, como yo pongo el botijo del agua en las de verano... noches.

—¡Já, já, já!

—En la primera funcion de la sociedad si que voy á representar un papel difficilísimo. Vamos á poner en escena la segunda parte del *Zapatero y el Rey*. Aquí tiene V. á *D. Pedro el Cruel*—le dicen á uno—si usted no lo hace, todos se niegan á ello... ¡compromisos! siempre lo mas difficil...

—¿Y... y cuándo se pondrá en escena?

—En la próxima semana.

—Aquello si que es trabajar: hay un *sueño* que me lleva las mejores horas del día. Supóngase V., doña Prudencia, que la sombra de don Enrique se aparece á su hermano... que soy yo... Bibianita ya lo vió en el Príncipe.

—¡Se le aparece! ¡Entonces habrá transparente?

—Y tiendas de campaña y el toque de una bocina. ¡Lindísima comedia! Mi traje es magnifico. En la cabeza gorra á lo *arquero* con plumas encarnadas, las plumas que he sacado en *Las travesuras de Juan*; peto y manoplas á lo *romántico* como en el *Manrique de El Trovador*, y pantuflas á lo *chambergó* como en *Cada cual con su razon*. Pero no está aquí lo mas extraordinario: lo que es tan difficil como sorprendente... yo no sé si saldré airoso en este papel... es la carcajada del rey. ¡Oh! ¡qué carcajada histérica! es necesario entrecabrir los labios, palidecer, enseñar los dientes y esclamar: *ja, ja, ja!!!*

Doña Prudencia y Bibiana se miran aterradas, y D. Jacinto se sonrie con petulancia diciéndoles: Esto no es mas que un pequeño ensayo.

—El *sueño* ya lo sabrá V... me parece que anoche estaba V. tomándolo á la memoria. A ver cómo V. se luce.

—No, mamá, que le va á hacer daño.

—¡Oh! Bibianita, V. siempre tan amable... pero tengo una particular satisfaccion en complacer á su mamá. Dice V. si me acuerdo del *sueño*... y tanto; por mas señas que al ensayarle en mi habitacion, cuando caí sobre el suelo, el vecino del cuarto tercero... ese mostreno de D. Faundo... dió con su baston en el techo diciendo:—¡silencio, camarada!—¡Ya se vé! ¡gente ignorante! ¿qué se puede esperar del dueño de un molino de chocolate? Vamos, pues, á ver cómo sale el *sueño*.

En la antesala donde platican doña Prudencia, su hija y D. Ja-



cinto, hay un completo trastorno: doña Prudencia se sienta debajo de una pajarera; Bibianita se recuesta cerca de la caja del reló; D. Jacinto coloca el brasero en medio de la habitación, y el molde de la peluca del ex-maestro de latinidad representa la sombra de D. Enrique, alumbrado por el costurero de su amada que hace de lámpara cabalística.

Difícil nos sería describir en este lugar los giros y movimientos de D. Jacinto y la ronca entonación de sus palabras. Está sombrío, impetuoso, aterrador; sus cabellos se erizan, tiemblan sus manos, grita, pateo, suda, las palabras se le ahogan en la garganta, y al caer en tierra entre un ¡ay! de Bibianita y un ligero movimiento de aprobación de doña Prudencia, entra el marido de ésta, el prosaico y anti-dramático D. Deogracias con un legajo de papeles en la mano, y refunfuñando con la criada porque ha encontrado entreabierta la puerta de la habitación y al gato descansando sobre un gorro de dormir.

—¿Qué casa es esta? dice D. Deogracias, dirigiéndose á doña Prudencia.

—El castillo de la Estrella—le contestó D. Jacinto entre risueño y orgulloso: y ofreciéndole su mano, desarma de esta manera el enojo del padre de la interesante Bibiana.—Si V. hubiese llegado algunos minutos antes—prosigue Theudia—me vería hacer el sueño de don Pedro el Cruel.

—¡Oh!—repite doña Prudencia—daba congoja el ver como usted se poseía del papel.

—Yo estaba en ascuas—esclama Bibianita—¡qué bien!

—Gracias, señoras, gracias.

—Va V. á hacer furor.

—A alborotar.

—En esa noche, de seguro le llama á V. la sociedad.

—Y saldrá sin remedio.

—Y le aplaudiremos—dice D. Deogracias, templando su mal humor con un vaso de agua azucarada.

—A decir verdad—contesta con presunción D. Jacinto—tengo alguna confianza en este papel, porque he tenido ocasión de ver la risa de Latorre.

—¡Qué espanto! ¿y siempre rié Latorre de esa manera?

—No señora. Esta carcajada es de situación, como decimos nosotros: una carcajada con ensayos... no sé cómo explicársela á V. Una carcajada histórica... ¿está V.?... antigua... tan antigua que solo se emplea en el teatro... Supóngase V., de la época de D. Pedro el Cruel.

—¡Ah! de la de D. Pedro el Cruel... no se puede negar, D. Jacinto, que hemos adelantado mucho en las costumbres.

Después de ensayar el aficionado—actor algún monólogo de difícil ejecución, ó de fingir un diálogo entre dama y galán, en el cual habla en falso para hacer de muger, de una manera desagradable, deja caer de su bolsillo alguna que otra vez versos y redondillas aplicables á su relación amorosa con Bibianita, y esta aficionada actriz acota las palabras de Theudia con suspiros pronunciados á media voz en algunos apartes que tienen lugar entre las últimas noticias de la Gaceta que refiere D. Deogracias, y las preguntas que hace doña Prudencia con respecto á la paga de las clases pasivas de que habla El Heraldo de la víspera.

Don Jacinto es individuo de una ó dos sociedades dramáticas, y regala sus billetes de entrada á doña Prudencia, uno de los que cede generalmente á su marido que aquella noche se pone su chaleco de rayadillo y su pañuelo color de caña en la garganta.

Para D. Jacinto no hay cuenta de gastos ni lista de lavandera. Doña Prudencia hace con este meritorio una benévola escepcion; declara para él sin aplicación el Calendario. Solo se dibuja en su semblante un gesto de indignación hacia el gobierno, y de sensibilidad hacia D. Jacinto cuando lee en la gaceta de la capital de algún periódico estas desconsoladoras líneas.—Se dice que se suspenderán los sueldos á las clases activas, á consecuencia de un balance general de cuentas que se propone hacer el ministro de Hacienda.—Desgraciadamente, el número del Diario que ha publicado esta noticia no desaparece en quince días de la habitación de doña Prudencia: Bibianita lo recoje del suelo todas las mañanas, porque sabe que es un elocuente revelador de la posición de D. Jacinto. ¡Sea V. empleado en España! Y sobre todo ¡Sea V. meritorio en la aduana!

En cambio de estas consideraciones, Theudia deja á un lado sus instintos artísticos y se presenta al lado de doña Prudencia... como de la familia. Revisa las cuentas de los demás huéspedes; averigua su vida; aconseja alguna resolución enérgica; ajusta la habitación; viste al aguador; establece el orden entre los huéspedes que disputan; mima á la viuda del Monte-pío, íntima amiga de doña Prudencia; se hace de la opinión política de D. Deogracias; regala pastillas de rosa á Bibianita; reprime á la criada porque ha tenido la debilidad de perder el respeto á la ama de casa; pasea los domingos por la Bonada ó Chamberí con su futuro suegro, y no se olvida de preparar

una música de amigos en la víspera del santo de su adorado tormento.

Don Jacinto es tan apasionado al teatro, como á la vida cómoda y regalada de pretendiente á la hija de una patrona de huéspedes... que acuerda mejores tiempos. ¡Qué felicidad! D. Jacinto ha logrado lo que pocos y contados hombres alcanzan en Madrid. ¡Vive sin fechas!!!!

ANTONIO NEIRA DE MOSQUERA.

## LOS DOS PINOS.

### Fábula.

Yendo á comprar madera  
Maese Rogundo Paz el carpintero,  
en medio de un corral halló dos pinos,  
bien diferentes, aunque allí vecinos,  
derecho, sano, altísimo el primero,  
sin un nudo siquiera,  
fácil de trabajar como una cera,  
pieza famosa en fin, viga sin pero;  
mientras el compañero,  
torcido y ruin y destilando brea,  
horno estaba pidiendo y chimenea.  
Leños que parecéis (dijo el maese)  
la ele junto á la ese,  
de dónde sois? Y respondiéndole el uno:  
Yo nací en un pinar grande y espeso,  
donde si hay entre mil árbol alguno  
que indolente quizá, quizá avieso,  
cambia su dirección ó lento crece,  
pronto á los pies de los demás perece:  
todos allí por eso,  
de tentaciones de pararse faltos,  
á competencia son derechos y altos.  
Pues yo (con pesadumbre  
dijo el predestinado de la lumbre),  
parto precoz á fé, pero mezquino,  
de un piñon peregrino,  
prófugo de un costal con poco acierto,  
vine solo á nacer en un desierto.  
Planta exótica en él, libre y salvaje,  
mi tronco y mi ramaje  
guíe segun mi gusto veleidoso;  
y el resultado fué quedarme al cabo  
torcido como rabo  
de fosco jabali, pino roñoso,  
por la estatura corta y fibra endeble  
inútil para casa y para mueble;  
sin que pueda esperar con fundamento  
sino que á golpe de segur violento  
me hagan mañana trizas,  
luego tizones, y por fin cenizas.  
Así tambien, reflexionó Rogundo,  
tal ingenio que fuera señalado  
se hunde y malogra porque vive aislado,  
mientras con vivo ardor la competencia  
será los hombres dá que admira el mundo  
lumberas de virtud, ástros de ciencia.

J. E. HARTZENBUSCH.

### MADRIGAL.

La espresion de tus ojos no comprendo  
cuando me miran, dulce dueño mío:  
¿el bien me anuncian por que estoy muriendo,  
ó tu fatal desvío?  
Las dudas con que lucho  
me tienen ¡ay! desatinado y loco:  
si no me quieres, tu mirar es mucho,  
y si me quieres, tu mirar es poco.

EMILIO BRAVO.

Madrid.—Imprenta del SEMANARIO É ILUSTRACION,  
á cargo de Alhambra, Jacometrezo, 26.